

Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SEI79468

EDITORIAL



Charles Ginner (1878-1952)
«Mujeres en una fábrica de ropa»

Mujeres y trabajo

«No existe un solo país, ni un solo sector en el que las mujeres tengan los mismos salarios que los hombres. Es el robo más grande de la historia». Según Anuradha Seth, consejera económica del Programa de desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD), la brecha del 23% que existe de media en el mundo entre el salario de las mujeres y el de los hombres se puede definir como la injusticia más grande a la que hoy están sometidas las mujeres. Finalmente, está emergiendo en la atención y la conciencia del mundo que las asimetrías salariales, aunque se hayan reducido globalmente en los últimos diez años, hacen evidente lo lejos que estamos de la paridad. Es precisamente la diferencia salarial la que refleja las discriminaciones y las desigualdades en el mercado del trabajo que, en la práctica, afectan todavía y sobre todo, a las mujeres. Al ritmo actual, advierte la ONU, serán necesarios más de setenta años para poner fin a esta situación. La brecha salarial, como demostramos en este número de «Mujeres iglesia mundo», no tiene una o dos causas, sino que se debe a la acumulación de numerosos factores y comportamientos culturales que incluyen la infravaloración del trabajo de las mujeres, la falta de remuneración del trabajo doméstico, la menor participación en el mercado del trabajo, el nivel de cualificaciones asumidas y la discriminación. Una desventaja social que incide en la renta femenina a lo largo de todo el arco de vida: ganando menos que los hombres, también durante la jubilación, las mujeres están más expuestas al riesgo de pobreza en la vejez. Y es ya hoy una verdadera plaga en el mundo el alto porcentaje de mujeres mayores de sesenta y cinco años con riesgo concreto de pobreza. Encontraréis en estas páginas también la opinión de la psicóloga Daniela Scotto de Fasano sobre cómo las lógicas económicas que regulan el trabajo femenino influyen en la elección de la maternidad e instan al sentido de culpabilidad conectado a la eventual renuncia a una realización profesional propia. Finalmente hemos dirigido la mirada también dentro de la Iglesia donde, en el reportaje de Marie-Lucile Kubacki, la cuestión de la retribución económica no recibida es más bien el árbol que esconde el bosque de un problema más grande: el del reconocimiento. Muchas religiosas tienen la sensación de que se hace mucho por revalorizar las vocaciones masculinas pero muy poco para hacer lo mismo con las femeninas. (Silvina Pérez)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA

MARIE-LUCILE KUBACKI

RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano

(traducción de Rocío LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

El trabajo doméstico: socio oculto del capitalismo



DE SILVINA PÉREZ

"Sin esa mujer que lava y plancha, no se podrían hacer otras cosas", denuncia Mercedes D'Alessandro

Mercedes D'Alessandro, joven e innovadora economista, escribe y piensa en el trabajo femenino desde un punto de vista nuevo que ha suscitado mucho interés y discusión en la cultura feminista.

El feminismo no es algo nuevo, siempre ha existido, la idea de que una mujer debe tener los mismos derechos que un hombre es un dato cultural que no se discute. Entonces, ¿qué tiene de particular ser feminista en el momento histórico que vivimos?

Una gran diferencia en la actualidad es el rol que ocupamos las mujeres en el sistema económico. En los años 60 solo 2 de cada 10 mujeres trabajaba fuera del hogar, hoy son 7 de cada 10 las que lo hacen. Esto transformó por completo las relaciones económicas y sociales. En principio, las mujeres tienen mayor autonomía a través de la posibilidad de generar ingresos propios, tener una carrera. En los Estados Unidos las mujeres son el 50% de la fuerza laboral, en Argentina más del 40%. Pero todo esto se hizo y se hace a costa de una doble jornada laboral: las mujeres siguen ocupándose mayoritariamente de las tareas del hogar y de los cuidados. Estas tareas llevan muchas horas (en promedio 6 diarias) y para quienes no pueden contratar una empleada doméstica o disponer de una guardería para los niños, se

convierten en una traba. Muchas mujeres tienen que trabajar menos horas para cumplir con todo, o trabajar muchísimo y no tener descanso, afectando a su salud y desarrollo personal. Entonces ser feminista se da bajo esta dualidad, de mujeres con mayores posibilidades, pero aún confinadas culturalmente a un rol doméstico, que implica una mayor explotación. Además, ganamos menos de media que nuestros pares y no conseguimos llegar a espacios jerárquicos. En pocas palabras, el capitalismo tiene un socio oculto: la mujer que desarrolla trabajos domésticos no retribuidos. Y si las cosas cambiaran, el mercado sufriría las consecuencias.

En los años 70 (como resultado de las luchas sociales del 68) el feminismo radical argumentó que lo personal es político y que las relaciones entre hombres y mujeres son relaciones de poder. ¿Cree que la situación sigue siendo la misma?

Cuando hablamos del trabajo doméstico no remunerado como un problema social, es justamente en este sentido. Porque una podría decir que las mujeres eligen quedarse en la casa a criar los hijos antes que tener una carrera. Pero todas estas elecciones se dan en el marco de una sociedad en que, por ejemplo, una madre tiene 3 meses de permiso de maternidad y el padre del niño 2 días (caso Argentina). El papá puede tener todas las

gananas de compartir los cuidados, pero no la posibilidad. Además, se cuestiona a una madre que deja su lugar en el hogar para trabajar mientras se felicita al padre que se "sacrifica" por su familia y no está en todo el día. Entonces, ¿hasta qué punto las decisiones personales son privadas? "Lo personal es político" es un lema vigente y que también refiere a la violencia machista y a formas de enfrentar los problemas para buscar soluciones globales.

¿Existe un cambio de guardia entre las veteranas luchadoras de los setenta y los ochenta, con una mirada -muy combativa, pero tal vez un poco sectaria- y las jóvenes actuales? ¿Existe un hilo conductor entre el viejo y el moderno feminismo? ¿En qué se basa o en qué se diferencian del pasado?

Creo que cada ola feminista tuvo características y debates internos muy ricos. Yo no viví las anteriores y solo tengo el testimonio de los libros y relatos. Me aventuro a pensar que habrán sido tan apasionadas como somos hoy. En la actualidad hay muchos grupos e ideas, el feminismo es muy diverso. El patriarcado es más parecido en todo caso. A veces una lee los argumentos de por qué las mujeres no podían votar y suenan tan actuales... En todo caso creo que el desafío, no solo del feminismo sino también de nuestra generación, es encontrar una alternativa posible al mundo en que vivimos. Vivimos

en una sociedad desigual, y esa desigualdad además se amplifica por el género y el color de piel. Las mujeres pobres, migrantes, negras, lesbianas, trans (esto lo ha metido Rocío por el morro) son las que más viven los efectos de la desigualdad. Nuestro sistema económico es extractivo, nos pone en oposición a la naturaleza. Entonces hay muchas cosas que desarmar. En ese marco, el feminismo tiene mucho que aportar.

Es noticia reciente que la destacada editora de la BBC Carrie Gracie, ha dejado su cargo por una persistente desigualdad de género en los salarios de la televisión estatal británica. ¿Existe en el mundo una discriminación sistémica contra las mujeres? ¿Cómo es posible que la brecha salarial y la precariedad laboral sean el pan cotidiano de millones de mujeres en todo el mundo?

Al tener mayor carga en los trabajos domésticos no remunerados y de cuidados, las mujeres tienen menos tiempo para trabajar de manera formal. Eso implica tener empleos precarios. Esos empleos están peor pagados. Esto hace que tengan menos oportunidades de crecer en su carrera, profesión, oficio. Las hace más pobres. La pobreza es sexista. La precariedad laboral es el pan cotidiano de millones de mujeres. Tampoco es que los varones escapen a un mercado de trabajo cada vez más difícil y expulsivo, (también añadido por Rocío) que promete empeorar al ritmo de los cambios tecnológicos y la robotización. La brecha salarial es el síntoma de una enfermedad profunda del sistema que hay que atacar de raíz.



Ilustración publicitaria, 1964

David Allen
«Women on rise»
("Mujeres en alto")
reconstrucción
de la famosa
fotografía «Lunch
atop a Skyscraper»
("Comida en
la cima de un
rascacielos") tomada
en 1932 durante
la construcción del
Rockefeller Center de
Nueva York



Según los datos 2017 del Foro Económico Mundial la brecha hacia la paridad hombre-mujer no sólo no se hace más pequeña, sino que se agranda. Es más, los datos indican que el camino se ha revertido negativamente. La lectura de los datos, nos muestran un mundo en que, por ejemplo, un país como Alemania, locomotora de la Unión Europea, tiene la tercera mayor brecha salarial de Europa. En su opinión, ¿qué hay que hacer para revertir esta situación?

Los datos del WEF y también de la Organización internacional del trabajo muestran que las brechas no se están cerrando. Hace años que escuchamos en todos los foros mundiales hablar sobre el empoderamiento de la mujer, pero cuando una se pone a buscar lo que se ha hecho en ese sentido, la realidad es muy triste. Ni siquiera cuestiones básicas. La ONU tiene discursos bárbaros y no tuvo una secretaria general en toda su historia. Los países nórdicos suelen ser el faro en estas ideas y sus políticas públicas en el ámbito de los cuidados dieron excelentes resultados: licencias de maternidad y paternidad extendidas, compartidas, obligatorias para ambos, por ejemplo. Hay tanto para hacer...

Desde el punto de vista de la ciencia económica, ¿Cuál es la explicación, desde su profesión, del motivo por el cual el mercado pone a la mujer en un segundo plano dentro el sistema laboral?

No sé si el mercado, como ente abstracto, apuesta por algo. Lo que sí sucede es que –como dice Heather Bushey– el capitalismo tiene un socio oculto: la mujer que realiza los trabajos domésticos no remunerados. Son millones de horas de trabajos no pagados que se hacen en silencio y son vitales para sostener todos los demás trabajos. Sin esa mujer que lava, plancha, ordena, hace las compras, controla las tareas con los chicos, los lleva a la escuela y al club, friega el suelo y hace la comida, difícilmente se podrían llevar adelante todas las otras actividades. Esta idea quedó pegada a la mujer, como si

fuera algo de su naturaleza, es su responsabilidad. Y la verdad, en un mundo en el que ellas trabajan 8 horas por día, no solo es injusto, sino que las perjudica. Lo que quiero decir es que al mercado le sirve tener trabajadoras multitasking y gratuitas en los hogares.

Cuéntenos qué es «Economía Feminista». ¿En qué consiste? ¿Cuándo decidió lanzarse en esta aventura y cuales han sido sus motivaciones?

“Economía feminista” es una web que surgió como un espacio de reflexión de mujeres economistas sobre temas que no entraban en la agenda ni de los medios ni de nuestros colegas economistas. Nació al calor del “Ni Una Menos” y eso le dio un espacio más que importante en una discusión mucho más grande que tiene que ver con todas las desigualdades que experimentamos las mujeres y que van desde la violencia machista a las económicas, pasando por los estereotipos que nos imponen y delimitan. El sitio, a mí, en lo personal, y sobre todo el diálogo en las redes sociales, me mostró que había muchísimas preguntas sin contestar en la economía feminista y me sirvió de inspiración para escribir el libro de Economía feminista. Quería, así como el sitio, que fuera un espacio que aporte ideas, debates y sobre todo formativo. Que quien lo lea pueda aprender algo nuevo, pero no como algo anecdótico, sino como algo que le dé/nos dé herramientas para transformar este mundo desigual y heteropatriarcal. A los dos años de la apertura de la web y a uno de la publicación del libro, puedo decir con mucho orgullo y satisfacción, que hemos aportado mucho al debate y nos hemos enriquecido increíblemente también. Es el lugar que a mí me interesa proporcionar a mi propia formación académica. Que pueda traspasar las formas y barreras de las universidades y forjar herramientas junto a las expresiones populares del feminismo.

Mercedes D’Alessandro

Argentina, licenciada en economía, profesora en varias universidades y divulgadora económica, Mercedes D’Alessandro es una de las economistas feministas que han suscitado mayor interés en los últimos años. En 2015 lanzó la web

«Economía Feminista». La página web, que hace uso del trabajo no solo de un grupo de economistas, sino también de expertas de otras disciplinas, ha conseguido introducir la economía con una perspectiva de género en la agenda pública

latinoamericana y conquistar las redes sociales. D’Alessandro, que vive en Nueva York, publicó en 2016 Economía Feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour), del que se han publicado seis ediciones.



Prudentes, astutos y sencillos

MATEO 7, 21-29

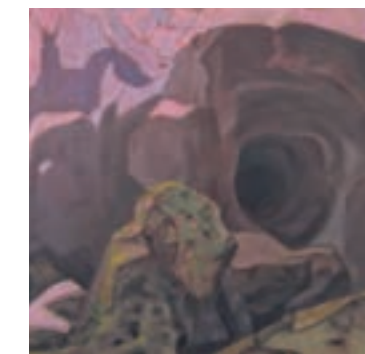
La buena noticia que se nos entrega en esta página del Evangelio según Mateo es el anuncio que el Señor construye la casa (cfr. Salmos 127, 1), el anuncio de que su poder y la eficacia de su palabra edifican la comunidad y la vida de aquellos que la acogen, ya que tienen el poder de contrarrestar las energías de muerte que a veces habitan tanto en los cristianos como en las comunidades del Señor. Sí, quien acoge las palabras del Señor Jesús y las pone en práctica, quien tiene fe en ellas y las acoge en una vida de conversión verá liberar en la propia existencia energías de amor y de vida, capaces de vencer las que experimenta como fuerzas mortíferas que lo habitan y que son más fuerte que él. Pero el Señor es el más fuerte de los fuertes (cfr. Mateo 12, 29), es aquel que puede vencer el poder del mal que nos habita (cfr. Mateo 15, 19), es aquel que, con su Espíritu, puede cambiar nuestro corazón de puede en corazón de carne (cfr. Ezequiel 36, 25-26).

Pero la Palabra del Señor no es mágica, ya que el Señor no quiere dominar a los hombres, sino estar a su servicio, y es por esto que también su palabra no lleva fruto si no es acogida, si no encuentra consentimiento por parte de la libertad de quien escucha. El Señor no desea hacer de los hombres títeres en su poder, sino elevarlos a la dignidad de sus compañeros en una relación de comunión, de alianza, ya que los ha hecho a su imagen (cfr. Génesis 1, 26-27). Por esto la acogida de la palabra del Señor necesita una fe que sea adhesión con toda la propia persona, también con el propio cuerpo, con la propia vida, con las propias fuerzas; en una palabra: necesita también ser acogida con un camino de conversión, de repudio de los ídolos, camino al que la cuaresma que estamos viviendo nos invita de forma habitual. Y también este itinerario se nos presenta en esta página del Evangelio no como un deber, sino

como una «astucia», una forma de sabiduría, un ser espabilados, «prudentes» (cfr. v. 24), una forma de saber dónde está el camino de la vida e iniciarla, abandonando los caminos mortíferos en los que podíamos haber incurrido. Muchas veces Jesús en los Evangelios vuelve sobre este concepto: la vida cristiana es una vida que invita a la astucia, se trata de ser espabilados, inteligencias, tomando y recorriendo el camino de la vida, ya que por esto Jesús confiesa haber venido (cfr. Juan 10, 10). Entonces, se tratará para los discípulos de ser prudentes, astutos como las serpientes, y al mismo tiempo sencillos como las palomas (cfr. Mateo 10, 16), se tratará



Jean-Francois Millet «La roca de Castel Vendon» (detalle, 1848) Nicholas Roerich, «Rond rocks» (detalle, 1911)



de usar los bienes de este mundo de tal forma que nos conduzca a la vida y no a la ruina (cfr. Lucas 16, 8-9), se tratará de aprender a vivir este tiempo de espera de la venida gloriosa del Señor de forma que no

nos encuentre sin estar preparados a su venida (cfr. Mateo 25, 1-13). Y el signo de la fidelidad de un discípulo y de una comunidad cristiana es su perseverancia en el amor, en la caridad (cfr. Mateo 24, 12).

Este es el fruto del que se conoce el árbol (cfr. Mateo 7, 15-20; 12, 33-37), y no una religiosidad aparente, quizá envuelta en devoción («¡Señor, Señor!», v. 22). No, no son ni las aparentes confesiones de fe ni los milagros, nos dice Jesús, los que pueden autenticar la vida de un verdadero discípulo (cfr. v. 22), ya que en el día del juicio habrá quizá muchos que en vida han realizado muchos milagros en el nombre del

Señor, pero a los que dirá: «No os he conocido nunca» (cfr. vv. 22-23). No debemos dar ningún crédito a formas de religiosidad hechas de muchas palabras (cfr. Mateo 6, 7-8) como de la búsqueda de grandes signos (cfr. Mateo 16, 1-4), ya que la venida del reino de Dios tiene lugar en la debilidad del Crucificado (cfr. Mateo 12, 38-40) y en la escucha del obediente, en eso que Juan llama un “permanecer”, una habitar, un vivir sin dejarse mover, en su Palabra (cfr. Juan 8, 31: «Si os mantenéis en mi Palabra seréis verdaderamente mis discípulos»).

Nos corresponde a nosotros acoger o rechazar este alegre anuncio.

El trabajo (casi) gratuito de las monjas

Las religiosas son vistas como meras voluntarias lo que da a lugar a auténticos abusos de poder

DE MARIE-LUCILE KUBACKI



Sor María – los nombres de este artículo son ficticios – llegó a Roma desde África hace veinte años. Desde entonces acoge religiosas procedentes de todo el mundo y desde hace algún tiempo ha decidido testimoniar lo que ve y escucha bajo el sello de la confidencialidad. «A menudo acojo a religiosas en situaciones de servicio doméstico claramente poco reconocido. Algunas de ellas sirven en casas de obispos o cardenales, otras trabajan en la cocina en instituciones de la Iglesia o desarrollan tareas de catequesis y de enseñanza. Algunas de ellas, comprometidas con el servicio a hombres de Iglesia, se levantan al amanecer para preparar el desayuno y se van a dormir una vez que la cena ha sido servida, la casa ordenada, la ropa lavada y planchada... En este tipo de “servicio” las monjas no tienen un horario preciso y reglamentado como los laicos, su retribución es aleatoria, a menudo modesta».

Pero lo que más entristece a sor María es que esas monjas rara vez son invitadas a sentarse a la mesa que sirven. Entonces se pregunta: «Un eclesialístico se hace servir la comida por una monja y ¿después la deja comer sola en la cocina una vez que ha sido servido? ¿Es normal que un consagrado sea servido de esta manera por otra consagrada? ¿Y sabiendo que las personas consagradas destinadas a los trabajos domésticos son casi siempre mujeres, religiosas? ¿Nuestra consagración no es igual a la de ellos?». Un periodista romano que se ocupa de información religiosa les ha apodado «monjas pizza», refiriéndose precisamente al trabajo que se les asigna.

Prosigue sor María: «Todo esto suscita en algunas de ellas una rebelión interior muy fuerte. Sienten una profunda frustración, pero tienen miedo de hablar porque detrás de todo puede haber historias muy complejas. En el caso de hermanas extranjeras venidas

de África, Asia y América Latina, están a veces una madre enferma cuyos cuidados los paga la congregación de la hija, un hermano mayor que ha podido realizar los estudios en Europa gracias a la superiora... Si una de estas religiosas vuelve a su país, la familia no lo entiende. Le dice: ¡qué caprichosa eres! Estas hermanas se sienten en deuda, y entonces callan. Además, a menudo proceden de familias muy pobres donde sus padres ya eran empleados de hogar. Algunas dicen que son felices, no ven el problema, pero aun así sienten una fuerte tensión interior. Mecanismos similares no son sanos y algunas monjas llegan, en algunos casos, a tomar ansiolíticos para soportar esta situación de frustración». Es difícil valorar el alcance del problema del trabajo gratuito o mal pagado y poco reconocido de las religiosas. «A menudo se traduce en que las monjas no tienen un contrato o un acuerdo con los obispos o las parroquias con las que trabajan» explica sor Paula, religiosa con un cargo importante en la Iglesia. Por tanto, están poco o nada pagadas. Así sucede en las escuelas y en los ambulatorios, y más a menudo en el trabajo pastoral o cuando se ocupan de la cocina y de las tareas domésticas en el obispado o la parroquia. Es una injusticia que se ve también en Italia, no solo en tierras lejanas».

Más allá de la cuestión del reconocimiento personal y profesional, esta situación plantea problemas concretos y urgentes a las hermanas y a las comunidades. «El problema más grande es sencillamente cómo vivir y cómo sostener a una comunidad», prosigue sor Paula. «Cómo disponer los fondos necesarios para la formación religiosa y profesional de sus miembros, quién y cómo pagar las facturas cuando las monjas están malas o necesitan cuidados porque son incapaces por la edad. Cómo encontrar recursos para desarrollar la misión según el propio carisma».

La responsabilidad de tal situación no es solo masculina, sino que a menudo es compartida. «He hablado sobre esto con un rector universitario que me contó que estaba impresionado por las capacidades intelectuales de una monja que tenía una licenciatura en teología», recuerda sor María. «Él quería que continuara los estudios, pero la superiora se opuso. A menudo el motivo es que las monjas no se deben volver orgullosas». Sor Paula insiste sobre este punto: «Creo que la responsabilidad es sobre todo histórica. La monja durante mucho tiempo ha vivido solo como miembro de una colectividad, sin tener por tanto necesidades propias. Como si la congregación pudiera cuidar de todos sus miembros sin que cada uno aportara una contribución a través del propio trabajo. Además, es común la idea de que las religiosas no trabajan con contrato, que están allí para siempre, que no se estipulan condiciones. Todo esto crea ambigüedad y a menudo gran injusticia. También es verdad que sin contrato las religiosas son más libres de dejar un trabajo sin demasiado preaviso. Todo esto juega sobre dos frentes, a favor y contra las religiosas».

Pero no se trata solo de dinero. La cuestión de la compensación económica no recibida es más bien el árbol que esconde el bosque de un problema más grande: el del reconocimiento. Muchas religiosas tienen la sensación



Fotografías de Ura Iturralde

de que se hace mucho por revalorizar las vocaciones masculinas pero muy poco para hacer lo mismo con las femeninas. «Detrás de todo esto, lamentablemente está la idea de que la mujer vale menos que el hombre, que el sacerdote lo es todo, mientras que la monja es nada en la Iglesia. El clericalismo mata a la Iglesia», afirma sor Paula.

«He conocido monjas que habían servido durante treinta años en una institución de la Iglesia y me contaban que, cuando estaban mal, ningún sacerdote de los que servían iba a visitarla. De un día para otro eran despedidas sin mediar palabra. A veces sucede esto: una congregación pone a disposición una monja por petición y cuando esa monja se enferma, se devuelve a su congregación... Y se manda otra, como si fueran intercambiables. He conocido monjas con un doctorado en teología que eran enviadas a cocinar o a lavar platos, misión privada de cualquier nexo con su formación intelectual y sin una verdadera explicación. Otra monja que había enseñado durante mucho tiempo en Roma y de un día para otro, a los cincuenta años, le dijeron que desde ese momento su misión era abrir y cerrar la iglesia de la parroquia, sin otra explicación».

Sor Cecilia, profesora, desde hace muchos años, experimenta esta falta de consideración. En su opinión, las monjas de vida activa son víctimas de una confusión respecto a los conceptos de servicio y gratuidad. «Somos herederas de una larga historia, la de san Vicente de Paúl, y de todas esas personas que han fundado congregaciones para los pobres con un espíritu de servicio y de don. Somos religiosas para servir hasta el fondo y precisamente esto provoca una desviación en el subconsciente de mucha gente en la Iglesia, creando la convicción de que pagarnos no entra en el orden natural de las cosas, cualquiera que sea el servicio que ofrezcamos. Las hermanas son vistas como voluntarias de las que se puede disponer a placer, lo que da lugar a auténticos abusos de poder. Detrás de todo esto está la cuestión de la profesionalidad y de la competencia que a muchos les cuesta reconocer a las religiosas».

Sor Cecilia después añade: «Ahora trabajo en un centro sin contrato, al contrario que mis hermanas laicas. Hace diez años, en el marco de una colaboración mía con medios de comunicación, me preguntaron si quería que me pagaran. Una hermana mía anima los cantos en la parroquia de al lado y da conferencias de cuaresma sin recibir un céntimo... Mientras que cuando un sacerdote viene a decir la misa a la que es nuestra casa, nos pide 15 euros. A veces la gente critica a las religiosas, su rostro cerrado, su carácter... Pero detrás de todo esto hay muchas heridas». Para sor María, se trata de violencia simbólica: «Aceptada por todos bajo la forma de silencio consentido. Algunas hermanas que vienen a hablar conmigo están angustiadas, pero no logran hablar. Entonces yo les digo: “Tenéis el derecho de decir la verdad sobre lo que sentís. De decir a vuestra superiora general lo que vivís y cómo lo vivís”. A veces de esta situación es responsable también la superiora general que, lejos de poner en cuestión el sistema, lo convalida y participa activamente, aceptando acuerdos que menosprecian a las hermanas».

Sor Cecilia considera que las religiosas deben tomar la palabra: «Por mi parte, cuando me invitan a dar una conferencia, ya no dudo en decir que deseo que me paguen y cuál es la compensación que espero. Pero, está claro, me adecuo a la disponibilidad de quienes me lo piden. Mis hermanas y yo vivimos de forma muy pobre y no miramos la riqueza, sino solamente vivir en condiciones decorosas y justas. Es una cuestión de supervivencia para nuestras comunidades». El reconocimiento del trabajo constituye también, para muchas, un desafío espiritual. «Jesús ha venido para liberarnos y a sus ojos nosotros somos todos hijos de Dios» precisa sor María. «Pero en su vida concreta ciertas monjas no viven esto y sienten una gran confusión y un desconsuelo profundo». Algunas religiosas consideran que sus experiencias de pobreza y sumisión, a veces sufridas y a veces elegidas, podrían transformarse en una riqueza para toda la Iglesia, si la jerarquía masculina la consideraran una ocasión para una verdadera reflexión sobre el poder.

Convertirse en mujer es un nacer para sollozar

La mujer se ha hecho hueco en la literatura a fuerza de transgresiones

DE DANIELA SCOTTO DI FASANO

Virginia Woolf, invitada en 1929 a hablar sobre el «problema de la verdadera naturaleza de la mujer y de la verdadera naturaleza de la novela», pregunta: «¿Tenéis una idea de cuántos libros se publican sobre las mujeres en un año? ¿Tenéis una idea de cuántos entre estos libros son escritos por hombres? ¿Sabéis que sois, quizá, el animal más discutido del universo?».

En efecto, entre el final del siglo XIX e inicios del XX, un universo femenino va sustituyendo a los protagonistas masculinos de la escena literaria del siglo precedente. En los siglos que preparan el cambio a las sociedades industriales con estructura mayoritariamente metropolitana, novelas cuyo título estaba constituido por un nombre y apellido – Oliver Twist, Robinson Crusoe – testimoniaban historias donde los personajes pasaban de identidades difuminadas a identidades más específicas. Un cambio que sucede antes para los hombres y luego, más tarde, para las mujeres. Además, si los protagonistas masculinos de la escena literaria afrontan en las historias narradas la amplitud del mundo, a los personajes femeninos les corresponden los espacios estrechos de la casa y el ambiente doméstico. Presentadas por sus nombres y apellidos, Thérèse Raquin, Anna Karenina, Effi Briest, son mujeres verosímiles sobre las cuales velan Émile Zola, Lev Tolstoj, Theodor Fontane. Y hasta aquí nada raro, el nombre del autor aparece en la portada de las novelas. Pero Thérèse Raquin, Anna Karenina, Effi Briest experimentan ya en el título de las obras otro gesto de dependencia. Además del nombre del autor, también aparece otro hombre en su propio apellido: el de su padre o su marido. Así estos títulos terminan por expresar una norma no escrita, subrayando que no por casualidad el étimo de “nombre” es *nòmos*, es decir ley. Y en el caso de estas novelas femeninas la historia es siempre de una trasgresión a la que le seguirá la relativa condena a ser purgada.

Se impone en este punto una pregunta. ¿Por qué, entre finales del siglo XIX y los primeros decenios del siglo XX, se asiste a tal proliferación de protagonistas que, saliendo de los muros domésticos, se encuentran con una condena social? Quizá por las transformaciones del momento, inducidas por la revolución industrial y de la primera Guerra Mundial, que redefinieron sobre la base de las tareas, necesidades materiales, roles masculinos y femeninos. De hecho, precisamente en esos años las mujeres empezaban a moverse en áreas tradicionalmente reservadas a los hombres. Eran también los años en los que Freud, un intelectual desconocido, en condiciones de marginación en cuanto exponente de la minoría hebrea, de oscura pertenencia social y en miserables condiciones económicas, tuvo la fuerza de asumir, como ha escrito Silvia Vegetti Finzi, «los descartes, los márgenes del discurso, las caídas de intencionalidad, como objeto de investigación privilegiado» y de dar vida a un estilo cognitivo particular, que eleva a nivel terapéutico la palabra de los pacientes.

Se destacan, en los títulos de los escritos de Freud, las figuras de otras protagonistas: Anna O., Dora, en el rol de «co-autora de la empresa psicoanalítica al inicio», mujeres que testimonian la necesidad, ya irrenunciable, de convertirse en “sujeto”.

La hipótesis que se puede hacer para comprender la razón de tanta insistencia en las novelas citadas sobre la culpa conectada al deseo femenino de hacer propias las áreas tradicionalmente reservadas a los hombres nos hace sospechar que los hombres temían que las mujeres empezaran a moverse en el terreno de la libertad. Pero no es suficiente. Se puede preguntar de hecho si, en el intento explícito de mantener a la mujer en los roles asignados a ella tradicionalmente, no pueda haber sucedido que, en función de una transformación de la feminidad invisible pero continua y segura, las novelas citadas no hayan -paradójicamente- contribuido a obtener el efecto opuesto al perseguido. Mi impresión es, en otros términos, que estas



Una obra de Nicki de Saint Phalle para su «Jardín del tarot» en Garavichio (Grosseto)

historias han sido manifiestos y posibles escenarios antes impensables como elección de vida, y por eso convertidas en historias de transgresión. Escenarios de ambición, necesidades, y deseos que, encontrando acceso a un plano de “viabilidad”, por ejemplo, con Freud y con el psicoanálisis, han podido empezar a descubrirse, encontrando en ese punto una forma de convertir historias de transgresión en historias de formación.

Pero el inconsciente cambia más lentamente que el consciente, y por tanto es legítimo preguntar: ¿Cuánto queda en nosotras mujeres, sin saberlo, de sentimiento de culpa, interiorizado a lo largo de los siglos, relativos a las actividades extra domésticas, estigmatizadas a nivel social como verdaderas y propias transgresiones? ¿Es por esto que las mujeres viven lo relacionado tanto con el trabajo como con la familia como un malestar que a menudo tiene el sabor de la culpa? Me explico. Si a nivel consciente la “normalidad” (y, en el caso de clases sociales menos acomodadas, incluso la necesidad) es tener un trabajo y también intereses fuera de casa, puede suceder (y muy a menudo sucede) que a nivel de inconsciente, la reprobación conectada en el pasado con intereses y ambiciones extra domésticas cree un malestar de culpa: por tanto me siento culpable si no tengo nada que me lleve al mundo, desde el momento que a nivel consciente considero que la normalidad es tener un trabajo fuera de casa. Pero, al mismo tiempo, me siento culpable si tal dimensión me dis-trae (literalmente me ex-trae) de esa que a nivel inconsciente considero que es para mí, mujer, la dimensión «normal». En tal sentido, es el fantasma de la desaprobación social que en un caso como en el otro crea en la mujer un sentimiento de culpabilidad. Si no trabajo y no tengo intereses fuera de casa no soy “normal”; pero, si a una cierta edad todavía no tengo una relación de pareja estable y, sobre todo, no tengo niños, no soy “normal”.

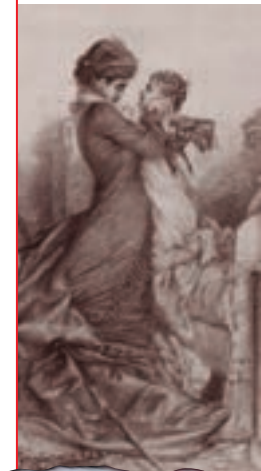
El temor de la desaprobación social hace sentir amenazada la propia pertenencia al grupo de referencia y, desde el momento en que de esta pertenencia tenemos extrema necesidad, surge la culpabilidad de sentirse por

propia elección “diferente”: si no trabajo porque no trabajo, si trabajo porque no estoy en casa ocupándome de las tareas domésticas. Se trata de la «necesidad de pertenencia», que hace insoportable la percepción de una propia no pertenencia. Convertirse en mujer contemporánea obliga por tanto a considerar deseable y normal sentirse proyectada en el mundo exterior. Pero convertirse en mujer obliga también a hacer cuentas con conyugalidad y maternidad, esta última sedimentada en nuestro mundo interno y todavía hoy conectada y vivida como culpa si no se realiza. A tal problemática alude el mito de las Danaides, condenadas por los dioses a derramar siempre agua en tarros por haber matado a sus maridos. En el mito “de las aguas perdidas” la riqueza femenina se transforma en una pérdida sin fin, evocando la pérdida que en el inconsciente femenino se conecta con la renuncia a la maternidad. Matando a los maridos, las Danaides se condenan a no ser madres y a derramar para siempre agua en cántaros.

Hoy, inevitablemente, la elección de convertirse en madre debe rendir cuentas con las vivencias de culpa conectadas a la eventual renuncia a una propia realización profesional y, viceversa, e inevitablemente, todo lo contrario: no convertirse en madre, no tener niños, además de castigado por sí misma a nivel de inconsciente en su interior, expone al riesgo de percibirse “diferente”, “fuera de la norma”. Nicki de Saint Phalle, la artista que ha creado el Jardín del Tarot escribe, a propósito de los hijos a menudo descuidados por su vida artística: «Un día me hubiera gustado hacer algo imperdonable, la peor cosa que una mujer puede hacer. Me hubiera gustado abandonar a mis hijos por mi trabajo, los hombres a menudo lo hacen. ¡Me hubiera gustado darme una buena razón para sentirme culpable!».

¡Bendita Nicki de Saint Phalle! Mientras la experiencia más común es la de los versos de Armanda Guiducci utilizados como título de este artículo.

Mikhail Vrubel, ilustración para la novela «Anna Karenina» Abajo, Auguste Rodin «Naiade»



MOVEMOS EL MUNDO



La maternidad como recurso económico

La serie televisiva 'El cuento de la criada' afronta la unión entre maternidad subrogada y trata humana

DE MARIE-LUCILE KUBACKI

En el origen de toda la historia está la caída de las curvas de natalidad. La contaminación atmosférica ha vuelto estéril a gran parte de las mujeres, pero también de los hombres, aunque la culpa recae en gran medida en ellas. En las salas de maternidad reina un silencio de muerte. A veces se siente el gemido de un recién nacido, pero todos saben que sus posibilidades de sobrevivir son pequeñas. A veces una joven madre que acaba de perder al hijo, escuchando el llanto de otro recién nacido, cae en la locura. Mientras en la sociedad crece el sentido de angustia, un grupo extremista de "reconstrucción cristiana" sueña un nuevo mundo, Gilead, fundado sobre rígidos valores morales establecidos a partir de una lectura fundamentalista distorsionada de la Biblia. Este nuevo mundo, los Hijos de Jacob, lo construyen a través de un sistema perverso en el que parejas de dueños, en cuyas manos están concentrados el poder y las riquezas, toman esclavas, y en particular madres subrogadas, las famosas doncellas, vestidas de rojo. Son chicas a las que se les impone redimirse obrando por el bien común, a quienes, se les propone la salvación con una pistola apuntando a la cabeza. En vez de una utopía, Gilead es un totalitarismo, un verdadero infierno, muy lejos de un inicio de paraíso.

En Estados Unidos *El cuento de la criada* se ha convertido en un fenómeno cultural y político. Mujeres vestidas de rojo lo muestran en algunas manifestaciones. La serie de televisión que estás basada en la novela y emitida en 2017, tuvo tal éxito que logró cinco reconocimientos en los Premios Emmy. Un entusiasmo increíble por la novela publicada en 1985 por Margaret Atwood, escritora especializada en el género distópico. Y, salvo excepciones, la serie ha sido bastante fiel a la novela.

La historia, muy lúgubre y violenta en la novela, pero todavía más en las imágenes de la serie televisiva, se narra desde el punto de vista de June, una de las madres subrogadas, que encuentra la fuerza para afrontar su condición de sierva trayendo a la mente los recuerdos de su vida precedente al secuestro y a la reducción a esclavitud, cuando estaba casada con un hombre al que amaba y con el cual había tenido una hija. June trabaja en Waterford. Ya no se llama June sino Difred, propiedad de Fred Waterford. Cada mes debe sufrir una violación en la habitación matrimonial, después de un ritual marcado por la lectura del pasaje bíblico de la historia de Sara que, no pudiendo tener hijos, ofrece a su sierva Agar al marido Abraham. Y ya que el régimen diezma meticulosamente a los sacerdotes y a los pastores, las voces preparadas para levantarse contra esta lectura delirante de los textos religiosos son más bien pocas. Algunas mujeres son cómplices del sistema que somete a sus semejantes. Es el caso de Serena Joy, la "dueña" de June. Con el pelo cano en el libro, rubia hitchcockiana en la serie, pero siempre maquiuévica, ha escrito un ensayo sobre la fecundidad como riqueza económica real de un estado. Con ese ensayo, Serena Joy ha conceptualizado la utopía político-económica de Gilead, dando una pseudo-

justificación humanística y espiritual a la trata humana. Pero ha tejido también la tela en la que ahora se debate. Porque en Gilead las mujeres como Serena Joy Waterford, mujeres de altos funcionarios, existen solo por su capacidad de tener hijos, con cualquier medio. Al igual que las siervas, no tienen acceso a los libros. Las primeras, si no están embarazadas, viven bajo amenaza de ser enviadas a las Colonias, espacios postapocalípticos, para recoger basura radioactiva con las manos desnudas. Si están embarazadas, son tratadas como animales de concurso. Su alimentación está controlada rígidamente, como en las clínicas de las madres subrogadas que existen ya en distintas partes del mundo. Dan a luz en las rodillas de sus dueñas, que, en una parodia trágica, imitan sus jadeos, sus empujones en tiempo real, para recuperar al recién nacido al final del parto y después tomar enseguida el lugar de la parturienta en la cama. La sierva ve a su niño solo por algunas semanas, el tiempo de destetarlo después de haberle dado el pecho, después es entregado a otra pareja que lo está esperando.

De forma extrema, la serie afronta la unión entre maternidad subrogada y trata humana: la madre subrogada, en esta transacción, ¿puede quizá ser considerada algo diferente de un objeto? ¿Y qué hay del niño? Sintomáticamente, en Gilead, los niños son tan silenciosos como deseados. Se les exhibe, pero no se les mira de verdad y se les escucha todavía menos. Los dirigentes aseguran que tendrán una vida buena, cómoda y llena de oportunidades. Todos hablan por ellos, pero nadie piensa en darles la palabra. Las madres subrogadas no tienen derecho a dejarse llevar por la tristeza porque lo han hecho, por así decir, en nombre del bien: sus emociones deben ser inhibidas.

Sin embargo, las emociones se acumulan en ellas como la lava en de volcán listo para explotar: tormento durante el embarazo ante el pensamiento de que el bebé que llevan en el vientre se lo quitarán al nacer, angustia ante la idea de la separación. Imagen especular de este sufrimiento es el malestar de las que recurren a una madre subrogada entre gratitud y resentimiento. Esta última, como "portadora", madre ya no lo es: la transacción de hecho rompe la unión de fuerza. Oficialmente las siervas son motivo de orgullo nacional para Gilead. Pero en realidad son solo un recurso económico que los dirigentes – con gran cinismo – comercializan con otros países, a su vez golpeados por la crisis de la natalidad. Son un mercado. Su vida es un instrumento de producción. Todo en este totalitarismo es instrumentalizado, a la par que la religión reducida al rango de cosmético, usado para maquillar al gusto el horrendo rostro de la explotación humana. «No se hace una tortilla sin romper huevos. Una sociedad ideal lo es solo para algunos».



Manifiesto para las mujeres en la Iglesia

Es fruto de un recorrido de intercambio hecho con unas treinta mujeres pertenecientes a varias realidades eclesíásticas de toda Italia el *Manifiesto para las mujeres en la Iglesia* publicado recientemente en la página web www.glistatigenerali.com: «A través del método de la revisión de vida, experimentado por primera vez en un grupo de Facebook, hemos razonado – explican las firmantes – sobre lo que hemos vivido, pero también sobre lo que deseamos a la luz de la Palabra de Dios, sabiendo que no somos teólogas, sino simples mujeres creyentes, que se sienten hijas de la Iglesia y saben que pueden hablar con el corazón abierto a los propios pastores y a toda la comunidad. Este documento por un lado resume lo que, como mujeres, hemos experimentado y experimentamos en las comunidades cristianas y por el otro, representa una declaración de intenciones respecto a cómo queremos actuar en la Iglesia, más que en el qué hacer». Después de la publicación, se ha dado la posibilidad de firmar también a los que siguen la página Facebook del proyecto: en un par de días las firmas se triplicaron. Evidentemente el mensaje, claro y argumentado, ha dado en el blanco. Las peticiones que el manifiesto avanza son precisas. «Pedimos: respeto en lo relacionado con nuestro compromiso, la posibilidad de expresar un servicio coherente con nuestras competencias y capacidades; que los presbíteros a los cuales nuestras comunidades son confiadas conozcan y aprecien lo femenino, que tengan una relación sana y serena con las mujeres, que sean personas psicológicamente maduras; que se tenga en cuenta que la búsqueda vocacional femenina ha abierto nuevos y más articulados horizontes, en una maduración de perspectiva que necesita atención y respuestas;

que se reconozca la perspectiva que necesita de atenciones y respuestas; que se reconozca la posibilidad para las mujeres de acercarse al corazón de la vida eclesial y que se atribuya el debido valor al auténtico deseo de participar en una ministerialidad más activa, incluida la sacramental. Y que por tanto es legítimo y va en el sentido del bien para toda la Iglesia empezar a concebir respuestas concretas en este ámbito. No somos sustitutas de acción, sino que podemos "inventar" nuevas formas que enriquezcan a la Iglesia. No pedimos puestos de poder, sino ser plenamente reconocidas como hijas de Dios y miembros de la comunidad a la par de los hombres». Por esto, prosiguen las autoras, «estamos preparadas para ponernos al servicio de la Iglesia con tres criterios: **Asertividad**: no tememos proponer, pedir reconocimiento por lo que hacemos y aportamos a la comunidad; **Libertad**: nuestro actuar tiene como fin conquistar puestos de prestigio y esto nos pone en condiciones de no chantaje; **Alianza femenina**: allí donde estamos y entre nosotras elegimos ser aliadas de las hermanas que encontramos y sobre todo no caer en la rivalidad entre mujeres para obtener aprobación masculina». El manifiesto concluye así: «Hemos decidido encontrarnos entre mujeres adultas, que han vivido y viven un recorrido de fe para compartir e intercambiar y estamos preparadas para acoger a las que deseen unirse a nosotras. Queremos dar un mensaje claro sobre el tipo de feminidad que consideramos que la Iglesia necesita. Queremos hacernos conocer para testimoniar que en la Iglesia hay mujeres que no se someten y poder así acercar también otras hermanas en la fe que se sienten desorientadas por esta oleada tradicionalista. No renunciamos a llevar adelante iniciativas serias y grandes».

La protección de santa Rosina

Es una virgen y mártir alemana del siglo IV

DE NUCCIA RESEGOTTI PALMAS

En el rostro de la mujer se leía un síntoma de impaciencia: su pie golpeaba los adoquines. Era la mujer del alcalde, compartía la autoridad del marido, y el reverendo arcipreste, párroco de la catedral le estaba haciendo perder tiempo. El anciano sacerdote se permite una sonrisa:

– Puede estar tranquila, he encontrado una niña adecuada. Viene siempre a misa y...

Fue interrumpido por la voz decidida de la señora: ¿Tiene buena figura?

Una nueva sonrisa del arcipreste: – Es graciosa. Adecuada para representar a nuestra santa en el cuadro viviente para la procesión.

La mujer del alcalde asintió: – Del vestido me ocupo yo. Estoy de acuerdo con la decisión de preparar cuadros vivientes de nuestros santos...

Esta vez fue el arcipreste quien interrumpió: – Será un recuerdo de la santa Rosina de nuestra ciudad. Esta es patrona en Wenglingen y se festeja el 11 de marzo, nosotros la festejaremos en la procesión del Corpus Domini.

La decisión se tomó así. La procesión del Corpus Domini en Miesbach tuvo aquel 1769 una gran importancia. Los cuadros vivientes en honor a algunos santos estaban montados sobre carros agrícolas, cada uno tirado por un par de vacas robustas. Venían después el baldaquino del Santísimo sostenido por el arcipreste y, alrededor, todos los sacerdotes de la ciudad. Les precedían los representantes de las corporaciones orantes, y los huérfanos del internado cívico, los niños y niñas que acababan de hacer la primera comunión que esparcían pétalos de rosa a lo largo del recorrido, las monjas y los monjes de varios conventos, etc. Después del baldaquino estaban los ancianos de la ciudad, luego venían los carros rodeados por los hombres de la Buena Muerte que llevaban el hábito oscuro con un gorro que les escondía el rostro. Greta, la niña que personificaba a santa Rosina, iba de pie en el carro delante de un arco de madera que con la ayuda de trapos pintados a manchas representaba la entrada de una gruta.

Vestida con una túnica clara sobre la que estaba drapeado un manto oscuro, abrazaba un ramo de palma mientras su mano derecha se cerraba sobre la empuñadura de plata de una espada tan larga que la apoyaba delante de sus pies. Tenía consigo los símbolos de la virgen mártir mientras la gruta representaba su rol de ermitaña. Inmersa en su estado, estaba inmóvil sin mirar alrededor. La procesión recorría la calle principal, ventanas y puertas de casas y edificios estaban decoradas con cortinas y tapices. Asistía mucha gente y cuando fueron a la puerta abierta de la catedral los que eran protestantes se retiraron, mientras que los católicos entraban. Las tres naves de la catedral se llenaron. Los sacerdotes de Miesbach se preparaban para celebrar la función del *Tantum ergo* que concluiría el rito. A los representantes de los santos en los cuadros vivientes se les había reservado un sitio preferente a los lados del altar mayor.

Greta estaba en medio de dos hombres que representaban a los obispos protectores de Miesbach. Nadie se dio cuenta que su rostro se volvió cada vez más pálido, logró resistir hasta el momento de la bendición, después se cayó. Por suerte detrás de ellos había tres bancos y ella se tumbó en el suyo.

– ¡Un vaso de agua! ¡Dadle agua!

La voz preocupada del arcipreste tenía un tono paterno pero fue interrumpida por la voz furiosa de la mujer del alcalde que, acomodada junto al marido en el banco de las autoridades, se había abalanzado hacia Greta: – ¡Pero qué agua! ¡Una bofetada resonante la hará despertarse!

– Solo está cansada... – dijo alguien cercano.

La mujer prosiguió cólera:

– Una chica joven no se cansa, aunque ten-

ga que estar en pie por una procesión. Se ha desmayado en una iglesia llena de gente y yo como mujer sospecho de su estado. ¡Anda que venir a misa! Cuando el arcipreste le confió el rol de nuestra santa, debía confesar. ¡Esta desvergonzada está embarazada!

Su tono agudo se levantó entre el silencio y despertó a Greta. Se inclinó hacia adelante levantando las manos para taparse la cara. Todos, sacerdotes, autoridades, gente común, burgueses,... expresaban su juicio:

– ¡Es una vergüenza! ¡Debe ser castigada! ¡Merece pena de muerte, pena de muerte!

El arcipreste, magnífico e imponente con su casulla bordada, se dirigió a ella en un gesto de defensa:

– ¿Tú que puedes decir de ti?

Greta bajó las manos casi como para protegerse el vientre: – Quizá esto es mejor para mí. Ha sido un gesto de amor, no pensaba que ofendía a nuestra santa. La he rezado mucho.

Se alzó una voz y atravesó la multitud: – ¡Dejadme pasar! ¡Dejadme! ¡Tengo algo que decir!

Un joven se abrió paso en la multitud para acercarse a Greta, hasta tomarla de la mano. El rostro de la chica se transformó, una expresión alegre la invadió. El joven dijo:

– También yo he rezado mucho a nuestra santa. Nos ha hecho la gracia, he encontrado trabajo donde ella es patrona, en Wenglingen. Podemos casarnos, amor mío. – Si es una niña le daremos su nombre, Héctor.

El arcipreste levantó la cara sonriendo mientras el murmullo se hacía aprobación. – Os casaré esta noche. Es sin duda un milagro de nuestra santa Rosina. A ella debe ir todo nuestro afecto.



PABLO Y LAS MUJERES

Junia, la apóstol

DE CARMEN BERNABÉ

Salud a Andrónico y Junia, mis parientes y compañeros de cautiverio, que son eminentes (ilustres, célebres) entre los apóstoles, y que llegaron a Cristo antes que yo» (Romanos 16,7).

En el capítulo final de su carta a los Romanos (cp. 16), Pablo saluda a unas cuantas personas, varones y mujeres, que parecen ser los responsables de diferentes comunidades (iglesias domésticas). Entre los casi 30 nombres propios que menciona aparecen nombres de mujeres y varones, algunos de ellos son presentados como parejas. En el versículo 7 Pablo saluda a Andrónico y Junia, dos nombres que parecen pertenecer a una pareja que pensaríamos similar a la que aparece mencionada en el v.3, Prisca y Aquila. Sin embargo, el nombre de Junia ha sido objeto de un fuerte debate acerca de su sexo. Aunque las ediciones actuales en las lenguas vernáculas lo traducen como nombre de mujer, ha habido momentos, y algunos no muy lejanos en el tiempo, en los que el nombre griego que aparece en los manuscritos era traducido como nombre masculino, Junias. Es muy interesante preguntarse por qué y con qué base.

Las traducciones actuales del Nuevo Testamento dependen de las ediciones críticas del texto griego que revisan y seleccionan las lecturas que hacen los diferentes manuscritos griegos antiguos de que disponemos. Manuscritos que son diversos en calidad y antigüedad. La crítica textual es una ciencia compleja y especializada, pero no exenta de previos metodológicos, y a veces ideológicos, que deben ser explicitados. El caso de Junia, convertida en el varón Junias, es un buen ejemplo, como vamos a ver a continuación.

El nombre en acusativo Iounian del v.7 ha sido objeto de cierta incertidumbre textual; es decir que en distintos manuscritos aparece escrito de formas diferentes. A veces aparece como Ioulian (Julia), pero es mucho más curioso y significativo el cambio de acentos (agudo o circunflejo) que Iounian muestra en algunas ediciones críticas que justifican sus opciones en diversos manuscritos. La atribución de un tipo de acento u otro a un nombre no

es cosa baladí puesto que un simple acento puede estar indicando que el nombre debe leerse como masculino (acento circunflejo en la última sílaba) o que existe una mayor probabilidad de que sea femenino (acento agudo en la antepenúltima sílaba). Pues bien, en el caso de Iounian, las ediciones críticas han mantenido la lectura masculina (el acento circunflejo) desde 1927 (edición de Erwin Nestle) hasta muy reciente (2001), cuando aquellas ediciones más utilizadas por los exégetas como la edición Nestle-Aland y la edición USB han pasado a escribir el nombre con acento agudo y, por tanto, posicionándose por la lectura femenina (al menos por su mayor probabilidad). El que estas ediciones críticas propongan una u otra opción tiene una gran repercusión porque determinan en gran manera la exégesis de los textos y las traducciones a las lenguas vernáculas.



«Las mujeres pías en el sepulcro», detalle de la Cruz de Terreglio

La autora

Carmen Bernabé es profesora titular de Nuevo Testamento en la facultad de Teología de la Universidad de Deusto (Bilbao). Fue nombrada directora de la Asociación Bíblica Española. Sus trabajos se centran sobre todo en los orígenes del cristianismo.



Entre sus numerosas obras destacan María Magdalena: tradiciones en el cristianismo primitivo (1995); Mujeres con autoridad en el cristianismo antiguo (2007), ambas publicadas por Editorial Verbo Divino.

Quizá lo más curioso y significativo de la lectura masculina y su fundamentación es que los testigos textuales en los que se apoya son manuscritos mayúsculos que no se acentuaron hasta el siglo VII, como por otra parte se hace notar en el aparato crítico. Si los testigos a los que se apela son anteriores y por lo tanto no llevaban acentos, la lectura masculina del nombre queda sin base (a pesar de que en la USB se le otorgue la letra A, que la calificación más alta en la escala de seguridad de la lectura sugerida).

Por el contrario, sí existen testigos de la lectura femenina, el códice minúsculo 33 y los segundos correctores de los manuscritos B y D (s.VI-VII y IX) que han introducido los acentos en las mayúsculas (Lampe 2003:165-66. Nota 39). La acentuación e interpretación femenina del nombre se hizo común a partir del siglo IX hasta el XIII, cuando un autor, Aegidio de Roma, aun optando por la variante Julia, decide leerla como masculino, sin dar razón alguna de por qué se apartaba del consenso anterior. Fue en el XVI cuando se impuso la lectura masculina con J. Lefevre d'Étaples y, sobre todo, con la versión

del Nuevo Testamento que hizo Lutero; aunque la lectura femenina siguió teniendo defensores. En el XX, uno de los grandes exégetas, pionero en el método histórico-crítico, M.-J. Lagrange, también se mostró partidario de interpretar Iounian como nombre femenino.

¿Qué razones se han dado para defender la lectura masculina del

nombre de Iounian? A veces se ha acudido a la onomástica griega y latina para ver las formas del nombre y los usos que eran más habituales. Los defensores del nombre masculino han propuesto que Junias sería el diminutivo de Junianus. Sin embargo, mientras Junia como nombre femenino era muy habitual, no hay testimonios para Junias como supuesta abreviatura de Junianus. Quienes defienden que detrás de Iounian está el diminutivo masculino de Junianus o Junius, están suponiendo que los nombres latinos se acortaban como lo hacían los griegos, cuando en realidad lo hacían alargando el nombre (B. Brooten). Por tanto, además de los manuscritos, se puede decir que la filología y la onomástica tampoco apoyan la lectura masculina del nombre, sino la femenina.

Por otra parte, la lectura femenina del nombre fue la habitual en los escritores más antiguos. Orígenes (final siglo II) optó por la variante textual de Julia, pero tanto él como Jerónimo (mediados s. IV) o Juan Crisóstomo (mediados s. IV) interpretaron como femenino el nombre mencionado junto a Andrónico. Debido a la claridad y rotundidad de su testimonio, suele citarse un texto de Crisóstomo que dice al respecto:

«Estar entre los apóstoles es ya una gran cosa, pero ser insigne entre ellos, considera qué gran elogio; y eran insignes por las obras y las acciones virtuosas ¿imagina

cuál debía ser la "filosofía" de esta mujer, si es estimada digna del apelativo los apóstoles» (PG 60, 669-670).

Precisamente, la lectura e interpretación patrística del nombre como femenino ha sido una de las razones que llevó a los exégetas católicos a ser más remisos a aceptar Junias como diminutivo de Juniano. Por otra parte, ya en el v.3 Pablo citaba a otra pareja, Prisca y Aquila, que probablemente eran esposa y esposo, misioneros y responsables de una iglesia doméstica.

En algunos comentarios antiguos y modernos, de forma más o menos clara, se menciona otra razón para defender que el nombre de Iounian se refiere a un varón, la calificación de "ilustre entre los apóstoles". El razonamiento parte de la premisa de que una mujer no puede ser apóstol, por lo tanto, el nombre debía referirse a un varón.

Una vez establecido con suficiente seguridad que el nombre de Iounian se refiere a una mujer, probablemente la esposa de Andrónico, es necesario reflexionar sobre lo que el texto dice de ella y de Andrónico. Dice que son: 1) parientes de Pablo; 2) sus compañeros de prisión; 3) ilustres entre los apóstoles; y 4) que llegaron a la fe antes que él. Veamos el alcance de estas afirmaciones:

Parientes de Pablo. El término griego que se utiliza y que Pablo utiliza en otros lugares de la carta (9,3) indica que se trata de una mujer que pertenece al pueblo judío, que tiene el mismo origen étnico que Pablo.

Compañeros de prisión. Tanto Prisca como Aquila parecen haber coincidido con Pablo en alguna estancia de este en prisión. Por tanto, se puede decir que Junia había sufrido prisión a causa del Evangelio. Estar en prisión en aquellos tiempos era una experiencia realmente dura.

Ilustres entre los apóstoles. Este calificativo ha suscitado también problemas en su interpretación. Algunos lo interpretan como excluyente: Andrónico y Junia son conocidos y estimados entre los apóstoles, pero ellos no lo son. Sin embargo, la mayoría de los intérpretes (incluido Juan Crisóstomo en el comentario citado más arriba) considera que la interpretación de la expresión debe ser entendida como incluyente: ellos están incluidos en el grupo de los Apóstoles. Por lo tanto, Junia es denominada apóstol, perteneciente al grupo de los llamados apóstoles.

En lugar de negar a priori que una mujer pudiera ser llamada apóstol y pertenecer al grupo de los que eran considerados tales, nos debemos preguntar por el significado del término apóstol y las condiciones que se veían necesarias para pertenecer al grupo de aquellos. Normalmente suele entenderse el término apóstol desde la concepción lucana que lo restringe a los varones, testigos de la vida de Jesús hasta su Ascensión (Hechos de los apóstoles 1, 21-22), y los identifica excesivamente con el grupo de los Doce. Sin embargo, la idea de Pablo sobre lo que significaba ser apóstol era diferente y más amplia que la lucana. De hecho, él mismo se considera apóstol (1 Corintios 15, 9). Para Pablo, apóstol es aquella persona que ha tenido la experiencia del Resucitado y ha sido enviado por él. Para él, los apóstoles es un grupo diferente y más numeroso que el de los Doce (1 Corintios 15, 5. 7; 1 Tesalonicenses 1,1; 2,7), aunque ciertamente están en estrecha relación con Jesús y con



los momentos iniciales. Este concepto de apóstol, más flexible y amplio, que tiene Pablo responde mejor a la realidad histórica que vemos reflejada en otros escritos (Did 11,3-6).

Fueron en Cristo antes que yo. Es decir, que Junia había llegado a ser creyente y seguidora de Jesús el Cristo antes que él. Esto quiere decir que era una seguidora de primera hora; por su nombre podría haber sido una judía helenista residente en Jerusalén que se habían convertido muy al comienzo, o incluso que podía haber escuchado a Jesús. Los helenistas de Jerusalén habían salido de Jerusalén debido a las tensiones con los dirigentes religiosos del Templo. En su salida hacia el Norte y otros lugares habían llevado el mensaje a diferentes lugares (Samaría, Antioquía, Asia Menor, y con gran probabilidad, también a Roma). Si su adhesión a Cristo es anterior a la de Pablo, hay que situarla en los primeros años de la década de los 30.

Con todo ello, podemos hacer ya un somero retrato de quién fue Junia. Parece haber sido una judía helenista, convertida a la fe en Jesús el Cristo y a su seguimiento, probablemente en Jerusalén en los primeros años tras

la muerte en cruz de Jerusalén, donde tuvo la experiencia del Resucitado. Por elección, por negocios o quizá empujada por la situación enrarecida y difícil que se creó en Jerusalén entre los helenistas y las autoridades religiosas de la ciudad a causa de la crítica al Templo de los primeros, salió llevando el mensaje del Evangelio y convirtiéndose en una de las primeras misioneras de Roma, junto a su marido Andrónico. Esta tarea parece haberle supuesto algún periodo de cárcel donde pudo coincidir y conocer a Pablo. Todo esto le había dado un lugar preminente entre los apóstoles de aquellos primeros momentos. Es evidente que ser mujer no fue un impedimento para ser apóstol, para llevar el evangelio y sufrir cárcel por él. Y así lo pensaron escritores de los primeros siglos.

Junia es un buen ejemplo de cómo las mujeres con autoridad han sido invisibilizadas o cómo su autoridad ha sido reconducida a ámbitos y modos que los varones de cada época han considerado los propios y apropiados para ellas. Estos esquemas han influido de forma decisiva al hacer memoria y recordar el pasado, una actividad que, lejos de ser pura anécdota, está cargada de futuro.



formación de excelencia a tu medida



salamanca

GRADOS

- Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas (ADET)
- Ciencias de la Actividad Física y del Deporte
- Comunicación Audiovisual
- Enfermería
- Ingeniería Informática
- Logopedia
- Maestro en Educación Infantil
- Maestro en Educación Primaria
- Marketing y Comunicación
- Periodismo
- Psicología
- Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

- Derecho Canónico
- Filosofía
- Teología

DOBLES GRADOS

- Ingeniería Informática + ADET
- ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS

- Enfermería
- Fisioterapia

LICENCIATURA

- Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es
Tel. 923 277 100 + Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. 923 277 150 + sie@upsa.es

www.upsa.es